

CARA

Por IGNACIO AGUSTI

Y CRUZ

África negra

ME contaba una exquisita dama del litoral mediterráneo, frente al hemicírculo de palmeras y el mar azul, que cuando ella era joven su padre había liberado a mil negros, que tenía esclavos en su plantación de la isla de Cuba; pero que nada cambió en la hacienda a consecuencia de ese gesto. La mayoría de ellos siguieron junto a aquella familia. Y la dama en cuestión, que a la sazón tenía dieciséis años, siguió secundada en su tocador y a la hora del baño por dos de esos siervos de color, ahora liberados. Le preguntamos si no le producía rubor, el hecho de que dos hombres contemplaran su desnudez, cuando ya había dejado de ser una niña. Y ella —apoyada ahora en un bastón con empuñadura de plata, blancos los cabellos y una cintita de terciopelo en el cuello— nos contestó: "Bueno, pero... eran negros".

Ser negro era ser algo distinto. Ninguna mujer sentiría pudor ante un perrito faldero o ante un canario cantarrín que contemplaran, como un espejo mudo, los distintos actos de su tocado. Eran otra especie de animalidad; y aunque se consintiera en considerarlos como seres libres y como entidades espirituales capaces de ganar el cielo, lo cierto es que en la tierra el hecho de ser negro implicaba la idea de una cierta mutilación moral.

Mi amigo Albert Kalongi-Ditunga, rey, emperador o dios de los Bulubus, que acaba de pasar unas horas en España tras haber dimitido su cartera de Ministro de Agricultura de la República del Congo, conoce seguramente ese proceso veloz que va de la selva al trono y del tam-tam a la música de cámara. En algunas regiones de África aún se puede convertir en dios. En una provincia del Kassai del Sud, aún pudo uno, con el auxilio de la magia y la palabra, improvisarse una personalidad enviada directamente de lo eterno. Las tribus son ilusas, y creyentes en un poder sobrenatural, y los dioses o los reyes surgen como debieron surgir al principio de las leyes o de las dinastías, como crecen los árboles. La independencia del Congo cogió a este hombre en la cúspide de su poder taumaturgico sobre un núcleo de silvestres masas, que le seguían arduosamente. De él inventaron entonces sus enemigos políticos que había hecho cocinar a tres o cuatro de sus antiguos ministros provinciales, para engullirlos en bárbaro banquete. Tal vez haya en la sangre de Kalongi vestigios de algún antepasado que, ése sí, ingiriera hace un siglo vianda de misionero o de cazador de libélulas. Pero de él mismo se puede decir que el plato que más le agrada es el pato "a l'orange" y aun ciertas versiones del conejo con alioli. Sucesivamente, Albert Kalongi, que tanto como rey o mago tribal era perito agrónomo, con título y diploma, ha ido eliminando los oropeles para irse convirtiendo en senador, diputado y ministro. La suya es la segunda emancipación de su raza, porque no hay libertad personal sin libertad política y porque éste es el proceso rapidísimo que han seguido todos sus contemporáneos.

Decía Carlos Sentís hace unos años en uno de los libros —"África en blanco y negro"— más lúcidos sobre el tema, que el hombre negro había saltado directamente del cocotero al Cadillac. Del alumbramiento de esta frase feliz y reveladora hasta hoy, han pasado ya algunos años. Lo cierto es que en este momento, al hombre de color no le extraña ya el Cadillac. No le han faltado al suceso de la libertad política episodios y toques

pintorescos. Los "nuevos ricos" del poder político han cometido en muchos lugares acciones insólitas, unas veces de tinte trágico, pero otras simplemente picantes. En la obra "L'Etat sauvage", mediocre novela que ganó el Goncourt del año pasado, se revelan, sin embargo, a tono de reportaje, algunos incidentes del ejercicio del poder en una de las Repúblicas centro-africanas, a los que no faltan colorido y sabor. Los ministros saltan de una ventana a otra o tienen lios tremendos con mecanógrafos, como cualquier mortal, sin que les cause empacho alguno el cargo. El propio Kalongi nos contaba que estuvo un día con séquito oficial a recibir a Enrique Rubio, el locutor de nuestra Televisión, quien le había anunciado su llegada; pero después no llegó. Ese mundo inconcebible en que los ministros van al aeropuerto a recibir a los locutores, podría ser el reverso exacto del sobrio mundo de Occidente, en que son los locutores los que esperan a los ministros. Pero a lo largo de la improvisada merienda de negros que ha sido la libertad política se va abriendo el paisaje y se va haciendo la luz.

Parece ser que una serie de medidas de saneamiento se están llevando a término en determinadas Repúblicas del África Central. La sorpresa de la libertad había engendrado a una clase burocrática que se estaba convirtiendo en auténtica oligarquía. En determinados países, estaba prohibido adelantar a los coches oficiales en las carreteras sin asfaltar, para que los subsecretarios y altos funcionarios no tuvieran que tragar el polvo. En otros, la venalidad de los altos cargos hacía que los directores generales fueran a parar periódicamente a la cárcel, para ser repuestos poco tiempo después, en vista de la escasez de funcionarios. El director de un Liceo en Bangüi, puso como condición para aceptar el cargo el que no le entregaran las llaves de la caja, puesto que no resistiría la tentación de robar. Los directores de ciertos hospitales llevaban a la institución a toda su familia, la cual ocupaba las camas de los enfermos. En la República Centroafricana, en el Alto Volta, en el Congo y en Dahomey, parece que los coroneles imponen ahora —o intentan imponer— las formas de un saneamiento de la administración, que hasta ahora era todavía la administración del cocotero.

"Ahora, a trabajar", ha dicho Mobutu a sus secuaces en el estadio de Leopoldville. Y Bokassa, el coronel de la República Centroafricana, ha suprimido de un plumazo el toque del tam-tam durante las horas del día, arguyendo que éstas se han hecho para trabajar. Los ministros, secretarios generales y jefes de servicios de este país no podrán en adelante poner el pie en los bares y en los cabarets. Así, el ejercicio de la política deberá estar presidido y marcado por un signo de ejemplaridad, como ocurre desde hace tiempo en los países civilizados.

Según ha asegurado recientemente el director del Centro de Vuelos Espaciales de la N.A.S.A., ciertas fotografías obtenidas hace ya algún tiempo por el "Gemini V", revelan la existencia de trascendentales detalles geológicos que los más modernos mapas topográficos no habían conseguido mostrar. Como a través de un radioscopio, el objetivo ha penetrado al fondo de la tierra y ha puesto de manifiesto destellos que revelan la existencia de grandes yacimientos de zonas diamantíferas. Así parece que se vean también ahora la condición moral y las posibilidades del gran continente, apenas explorado en sus yacimientos psicológicos. Poco a poco y por medio de incógnitos destellos, se nos hará patente la virtud de esas zonas. Ya no diremos más el "...pero eran negros" de la dama antillana. Es una cuestión, como diría el filósofo, de espera y de esperanza.